

SOCIEDAD, REPRESENTACION Y POBREZA

Rubén Alayón Monserat

I. PANORAMA GENERAL

América Latina entra a vivir un proceso bastante desalentador. Cuando está a la vista la divisoria entre este milenio y el que vendrá, por caminos diferentes se vislumbra una época peligrosa y sombría, cerrada a la expresión y a la esperanza.

El mundo está cambiando. Son tan enormes las transformaciones a las cuales estamos asistiendo, que sin duda alguna tendrán severas consecuencias en la vida de la gente. El agotamiento de la «la época de oro» del capitalismo conocida como el fordismo y la caída del «paraíso comunista» que se expresó en los socialismos reales, dejaron a Latinoamérica sin un espejo donde mirarse, sin un horizonte que le dé sentido.

Hasta los científicos sociales de esta región del mundo, se quedaron sin coordenadas reguladoras que les permitan intentar explicar la situación por la cual estamos atravesando. Agotadas las nociones desarrollo-subdesarrollo y dependencia como discursos ordenadores del quehacer científico, pareciera que sólo quedan como discurso legitimador los pobres. Otrora obstáculo para el desarrollo, hoy peligro para la convivencia de la sociedad, la pobreza en general y los pobres en particular, son objeto de estudios específicos, dando lugar a una suerte de pobretología derivada de una cuantofrenia de la pobreza. ¿Cuántos son?, ¿Cómo viven?, ¿Dónde viven?, ¿Cómo hacen?, ¿Qué piensan? Son temas que frecuentemente nos informan, no sobre el exotismo de los otros en tanto estética de lo diverso, sino sobre «cierta especie de individuos» que afean a la ciudad y ponen en peligro nuestras vidas y bienes.

Marginalizados e informalizados en décadas pasadas, los pobres parecen ser redescubiertos en la llamada «década perdida» por los científicos sociales; al igual que ayer, hoy son objeto de intervención, pero no para arrastrarlos por los derroteros del progreso y el desarrollo, sino para mantenerlos a raya de la sociedad-orden, y solamente una parte de ellos, los institucionalizados a través

de las redes escolares, sanitarias y laborales, alcanzan a recibir ciertos beneficios de la riqueza social. El resto desafortunado son criminalizados y/o psiquiatrizados. Para ellos, la cárcel, la calle, la sobrevivencia o la muerte.

Pareciera ser, que estamos llegando a una etapa en donde todos «no subirán al tren» del progreso ni serán arrastrados por la locomotora del desarrollo, que anteriormente de alguna manera permitieron articular a América Latina a la expansión, aunque desigual, del «progreso emancipador y universalizante» que como proyecto encarnó la modernidad.

En América Latina, el pensamiento social dominante, siguiendo los parámetros del conocimiento científico hegemónico, se ha representado la idea de una sociedad unitaria. En tanto ideología devenida de relaciones de poder, construyó un discurso sobre la pobreza que históricamente le ha permitido legitimarse como autoridad del conocimiento (tanto a nivel de organismos multilaterales —la CEPAL, el SELA—, como a nivel académico: las teorías del subdesarrollo y la dependencia) escenarios desde donde se desarrollaron distintos enfoques sobre la pobreza, y entre los cuales se encuentran el marginalismo y la informalización, con los cuales se les asignaba a los pobres, roles, funciones y prácticas en los espacios de su marco ideal que permitiesen justificar sus postulados.

Como marco explicativo, dichos conceptos en tanto nociones, estaban concebidos como constructos que dieran cuenta de situaciones transitorias y de sacrificios necesarios, que tendrían que pagar las sociedades en el avance hacia el camino del progreso. Pero dado que los pobres no desaparecían, sino que por el contrario aumentaba la pobreza, dichos conceptos entraron en crisis explicativa, y con ellos, los conceptos derivativos, como fueron el subdesarrollo y la dependencia, en tantos momentos, etapas y/o caras, dejando a los científicos sociales de la región a la deriva.

Pero a partir de la aparición del informe del Banco Mundial en 1989 dedicado a la pobreza, en el cual se alertaba sobre el crecimiento de la pobreza extrema (indigencia en la terminología de la CEPAL), los científicos sociales encontraron nuevamente un objeto para legitimar su oficio: la pobreza y los pobres. La diferencia es que esta vez, la pobreza no es analizada como consecuencia derivativa de otra situación, sino en sí misma, ya que no tiene sentido plantearse como transitoriedad, dado que los pobres ya no son «reserva de nadie». Por ello, se ha aislado la pobreza y se presenta como si nada tuviera que ver con la sociedad en donde se produce, sobre todo si el objetivo de los estudios no es comprender lo que sucede, sino cuantificarlo.

De esa manera, los científicos sociales abandonan las utopías regulativas por innecesarias y devienen en tecnólogos sociales listos para el conteo, la clasificación y el control de los pobres.

El planteamiento que intento argumentar, es que el discurso sobre la pobreza en América Latina ha pasado por dos etapas. Inicialmente, estuvo enmarcada en criterios universalizantes, sugeridos de concepciones teóricas que piensan a la sociedad como una totalidad de donde se derivan leyes sociales, por ello se representan al mundo de la pobreza como expresión inevitable y necesaria del largo camino que lleva al progreso.

Este tipo de discurso lo llamo latinoamericano y contó con dos momentos. Primeramente, la pobreza estaba vinculada a la sociedad tradicional y en tanto problemática, se resolvía con el desarrollo de la modernización, la cual en su devenir incorporaría a los marginales (los que están al margen de ella) a la sociedad. Luego, en un segundo momento, analíticamente los pobres son incorporados a la sociedad y la pobreza no es ya un resabio del pasado, sino que esta vez es campo de reproducción social. Tal fue la tesis del marginalismo dependiente y de los llamados informales.

Marginalizados e informalizados, los pobres en el discurso de la pobreza constituyeron el campo de «lo popular», algo así como lo verdadero, lo auténtico. Encarnaban el proyecto del futuro (el progreso). La pobreza, en tanto sacrificio, era el tránsito para la realización del ser humano. Eran los portavoces de la verdadera civilización.

La segunda etapa de lo que denominamos el discurso sobre la pobreza, es de reciente data y está vinculado a los aires neoliberales que sacuden a la región y lo denominamos pobretología. En este discurso ya no se trata de encontrar directamente relaciones del presente con un demiurgo para explicar la pobreza, sino de establecer niveles y jerarquías. Este discurso está vinculado a los planteamientos del Banco Mundial.

Este organismo a partir de 1960 con el denominado «informe Pearson», ha venido desarrollando toda una serie de estrategias para el enfrentamiento a la pobreza. Primero, difundió la idea de satisfacción de las necesidades básicas como estrategia de desarrollo; más tarde, introdujo la noción de desarrollo humano vinculado al ajuste estructural con lo que se trata, por un lado, de amortiguar los efectos negativos que sobre la gente tienen las estrategias económicas de cambio estructural, mediante la aplicación de subsidios focalizados a los sectores verdaderamente más necesitados (los niños y las madres embarazadas).

Dado que los recursos financieros para estos programas son insuficientes, se tiene que ser muy eficiente en su distribución, vale decir, se necesitan buenos gerentes; pero además y sobre todo, tener buenas características de los pobres; muy buena información: saber cuántos son y cómo son. Así, los científicos sociales de la región se transformaron en pobretólogos.

Tanto la concepción de la pobreza que llamamos latinoamericana, como la influida por el Banco Mundial, parten de ciertos criterios, que sobre la sociedad

y la realidad tienen los científicos sociales a partir de una determinada representación del conocer científico. Veamos la interrelación que existe entre representación, sociedad y pobreza y, las consecuencias epistemológicas y sociales de dichos discursos.

II. REPRESENTACION, SOCIEDAD Y POBREZA

1. Representación

Ahora bien para la discusión que he planteado se hace necesario exponer las coordenadas que orientan mis proposiciones, y para ello me sirvo de una discusión con colegas profesores de la Escuela de Trabajo Social en relación a la pobreza, donde se afirmó que:

1. «La pobreza siempre ha existido» y,
2. «La pobreza existe independientemente de nuestra voluntad y sólo cambia la percepción que se tenga de ella»

En otro escenario, esta vez con mis estudiantes del Seminario «El discurso sobre la pobreza y el fin de la ideología del desarrollo», se me respondía a los intentos de deconstrucción y de reflexividad acerca de los diferentes enfoques teóricos sobre la pobreza «que yo estaba sustituyendo un discurso como relación de poder con otro similar».

Estos enunciados me permiten señalar algunos puntos que me parecen cardinales acerca de la producción de conocimiento científico y algunos problemas epistemológicos y ontológicos que subyacen cuando se discute acerca de la pobreza.

En el primer escenario de afirmaciones, se puede observar claramente que la pobreza se descubre, de allí, que sea objetiva independientemente las distintas posiciones que se tengan sobre ella. Por lo tanto, la pobreza como realidad (objeto externo) existe previamente a la definición que tenga el sujeto que conoce, y aunque se relativiza un poco en el segundo enunciado, sigue privando el criterio que la relación sujeto-objeto no es más que un reflejo del segundo con respecto al primero.

En cuanto a lo señalado por mis estudiantes, es indudable que si he mantenido en el aula de clases y otros espacios, que es el discurso el que constituye la realidad, es porque considero que son las prácticas representativas de los actores las que constituyen y le dan sentido a los objetos del mundo. Por ello, siguiendo lo planteado por Steve Woolgar (1982), considero que debemos tratar «como no extrañas a las prácticas de representación e intentar alcanzar una mayor comprensión de aquellos aspectos de nuestra cultura que suelen darse por supuestos».

Precisamente este mismo autor ha identificado las cuatro variables que estructuran un discurso científico que como texto busca legitimar los criterios de la representación como práctica científica:

1. Instrucciones preliminares, que orientan al lector para entender un texto, le dan un sentido al mismo.
2. Mecanismos de externalización, que permiten la creencia de que el hecho tratado tiene existencia por sí mismo, que se localiza más allá de la subjetividad.
3. Mecanismos de conducción, permiten establecer un estado de cosas pasadas y justifican la relevancia de hacer interpretaciones en términos de ese pasado para crear un marco que dé sentido al mismo. De hecho, se busca que no se cuestione ningún aspecto que aparece en el texto.
4. Mecanismos de secuenciación, mediante los cuales se ordenan los acontecimientos, indicando cualquier otra vía y se acentúan los caminos o hechos que se consideran significantes.

Visto que entiendo al conocimiento científico como una práctica social más, en la reflexión que he hecho sobre los planteamientos de mis estudiantes y de los profesores con respecto a los estudios sobre la pobreza, se observa que las coordenadas que orientan mis posturas forman parte del instrumental teórico de la nueva sociología del conocimiento, la cual, basándose en la crítica epistemológica de Khun y del post-empirismo de Rorhly y Feyerabend, ha comenzado a desarrollar una postura crítica radical a la producción de conocimiento científico, a partir del nuevo relativismo y de la reflexividad (relativismo-reflexivo).

Relativismo, por cuanto tiene una base ontológica que descansa en el postulado de «que si las distintas culturas (y con ello, también los distintos paradigmas científicos) difieren en sus percepciones del mundo y en los usos que dan a éstas, entonces ambas cosas no pueden ser completamente explicadas mediante la afirmación de que el mundo es de una sola forma específica» (Lamo, 1992).

Este relativismo lo entendemos no en términos tradicionales, por cuanto consideramos que el problema central continúa sin desconstruirse y éste no es más que la representación de un objeto externo. En el relativismo tradicional la ideología de la representación continúa en pie.

Tal como lo ha señalado Rorhly (1979), la verdad nada tiene que ver con la realidad y sólo se trata de una relación entre personas, de una convención que, no puede basarse en procedimientos lógico-experimentales indiscutibles, está montada sobre factores sociales como el poder y la retórica, que son los constituyentes de la realidad (Collins, 1985).

De lo que se trata, es de abrir la posibilidad de entender que «hay un tipo de personas que piensan que nuestra cultura, u objetos, o instrumentos no pueden ser sostenidos más que de un modo conversacional, y gente que aún busca algún otro tipo de sostén» (Rorthy, 1992).

Reflexividad, conocimiento del conocimiento, de una parte, y puesta en evidencia del sujeto del conocer por otra, son procesos paralelos, dado que, lo específico de la ciencia social es que su objeto de conocimiento, es «al tiempo, sujeto del conocimiento y que su sujeto del conocimiento (el científico social) es al tiempo parte del objeto, parte de la sociedad que analiza y estudia» (Lamo, 1992). Cuando el científico social estudia la sociedad se estudia a sí mismo como parte de esa sociedad. O como señala Garfinkel, reflexividad que significa, que ninguna de las dos partes del par representación-objeto puede concebirse en forma independiente.

Al no existir la objetividad, lo que queda es discutir e interpretar, cómo se conoce, se sostiene y legítima «la ilusión de objetividad», y se plantean nuevas formas literarias en lugar de la escritura convencional científica, como lo señala Clifford Geertz (1991), «liberados de tener que llegar a ser taxonómicamente honorables, puesto que nadie más lo es, los individuos que se piensan a sí mismo como científicos sociales son libres ahora de dar a sus trabajos la forma que deseen en términos de sus necesidades, más que en términos de ideas heredadas sobre la forma en que eso debe o no debe ser hecho».

Aunque entendemos lo imposible de deshacerse de las creencias y coordenadas que ordenan nuestros principios, debemos tener claro, que no se busca un ser de las cosas con respecto al cual optamos por su indiferencia o su inaccesibilidad, dado que, entendemos como Wittgenstein, que las cosas tienen sentido dentro de una cierta configuración discursiva o «juegos de lenguaje», ya que si el ser de los objetos se constituye en el interior de un discurso, lo discursivo no es un objeto entre otros objetos, sino un horizonte teórico.

Quizás lo más radical de la propuesta relativista-reflexiva sea la inversión que hace de las relaciones entre objeto y sujeto, al plantearse que el objeto es una construcción de los científicos sociales y lo que se cree descubierto varía de acuerdo a la constitución de los diferentes entramados sociales, vale decir, a las creencias, acontecimientos, expectativas, los recursos y argumentos, a los aliados y defensores, en general a las totalidades de la cultura e identidades de los participantes, y en particular, a las conexiones de las polémicas con centros políticos, económicos y sociales.

Por ello, se niegan las prácticas representativas que se basan en los mecanismos de triangulación, la cual no es más que «un argumento que afirma que la certeza sobre la existencia de un fenómeno se establece cuando el mismo objeto se observa desde distintas posiciones» (Lamo, 1992). De allí, que

autores como Woolgar (1992), señalen que a pesar de este tipo de argumentación siguen apareciendo los desacoplamientos entre representación y objeto («horrores metodológicos»), que consisten en: a) *indexabilidad*, la cual significa que la realidad que subyace a la representación misma nunca es fija y que puede cambiar en función de su uso, lo que viene a ser, que no hay un sentido invariable; b) *interminabilidad*, que implica que en cualquier representación siempre aparece la necesidad de nuevas explicaciones y, c) *reflexividad*, que no es más que, en el par sujeto-objeto no puede ser ninguno de ellos independiente del otro y que ambos cambian para mutuamente adaptarse.

Al fin y al cabo, el andamiaje de la ciencia consiste en un proceso de construcción y no de descubrimiento de los objetos o cosas. En ese proceso (entramados sociales), como hemos señalado, intervienen los actores que son los que «*corrigen*» o adaptan la ineludible indexabilidad que toda situación presenta. De allí, que se entienda que tanto la naturaleza como la realidad son subproductos del quehacer científico.

Sobre este punto, es bueno aclarar, que fuera de todo contexto discursivo las cosas no tienen ser, aunque físicamente existan. No es la antigua discusión con el viejo Berkeley que muchos fundamentalistas, cual «*epígonos marchitos de templos sagrados*», quieren revivir. Cuando señalamos que las cosas tienen ser en un discurso, entendemos que la existencia de los objetos se constituye dentro de un contexto teórico y discursivo; la idea de una verdad fuera de todo contexto carece simplemente de sentido.

Un ejemplo que siempre les pongo a mis estudiantes tiene pertinencia para argumentar esta postura. Es el caso de un escritorio en dos escenarios distintos. Uno de los escenarios donde se encuentra el escritorio, es un salón de clases, el otro, es en un basurero de un barrio no consolidado en los cerros de Caracas.

Es el mismo objeto físico, pero para ser un escritorio debe cumplir con ciertas funciones que le den sentido al uso del término. Una de ellas, es de ser un instrumento para que se realice la clase. Es bastante difícil, a no ser por una eventualidad o desdibujamiento de los límites entre profesores y estudiantes, que el escritorio no sea para el uso *del profesor en ese contexto*.

Wittgenstein ha señalado que significado y uso están inextricablemente relacionados, dado que el uso constituye el sentido y viceversa.

En cambio, ese mismo objeto físico fuera del escenario escolar, puede tener los mil y un usos y significados que dependerán del medio ambiente cultural, vale decir, del contexto donde se inserte. En ambos casos, físicamente el objeto existe, pero dado los distintos entramados sociales, no solamente tiene usos distintos, sino que uno no tiene nada que ver con el otro. En pocas palabras, el escritorio es socialmente un escritorio en el aula de clases.

2. La sociedad como representación y la pobreza como discurso

Dentro de los parámetros que hemos venido discutiendo en relación a la ideología de la representación, en el ámbito de las ciencias sociales no hay nada más que se sustente en el discurso científico esencialista que los conceptos de sociedad como sistema unitario y la pobreza como disfunción y sacrificio.

En cuanto a la sociedad, podemos decir que el uso más frecuente del término es muy general, y se utiliza para señalar cualquier grupo humano estable. Se da sobreentendido que los grupos sociales, agregados y asociaciones en su conjunto, conforman un sistema social unitario.

La principal argumentación que sostiene el supuesto de la sociedad como un sistema unitario, es que la misma se concibe como una unidad total, que permite fijar el sentido de todo elemento o proceso social fuera de sí mismo, articulado a su vez, como sistema de relaciones con otros elementos por medio del cual podemos observar las relaciones que se establecen entre las partes. De allí, que la sociedad tenga sentido como objeto externo, en tanto que, se intentan descubrir las leyes de su evolución, las cuales están relacionadas a ciertas creencias que corresponderían a su naturaleza.

Ahora bien, la sociedad como un sistema unitario presupone niveles y/o dimensiones que le den sentido como totalidad, en tanto que el desarrollo global está regido por un designio, en última instancia benéfico del desarrollo histórico. Para Hegel, la historia universal era una trayectoria del mundo en el sentido de progreso hacia arriba:

... en la historia debemos buscar un designio general, el fin último del mundo. Debemos aportar a la historia la creencia y la convicción de que la esfera de la voluntad no está a merced de la contingencia. Que la historia del mundo está gobernada por un designio último cuya racionalidad es la de una razón divina y absoluta. Es una proposición cuya prueba está en el estudio de la historia misma del mundo, que es la imagen y realización de la razón. (*Lectures on philosophy of world history*, H. B. Nisbet. Tomado de Gellner, 1993)

Desde Comte, pasando por Marx, Durkheim y Weber se ha compartido una visión de la sociedad como un todo unitario. Así, enmarcados en una atmósfera simétrica, se buscan leyes fundamentales de la evolución humana, «no solamente porque se es deseable, sino también y sobretodo, porque es la dirección en la cual se dirige toda la sociedad» (Gellner, 1993).

Para Marx, las leyes de la sociedad como las categorías de una historia concreta, a pesar de ser elaboradas en el pensamiento, tienen existencia en lo real, pero se necesita el esfuerzo del pensamiento para descubrirlas. Lo real existe como una estructura bajo unas leyes determinadas que expresan una lógica de relaciones, contradicciones y saltos. Su ordenamiento corresponde al ordenamiento de las relaciones fundamentales de la sociedad.

Emile Durkheim, también entiende a la sociedad como una totalidad. Basándose en la sociedad industrial orientada hacia el crecimiento, plantea que se tiende hacia la homogeneidad. En una de sus obras sobre la división del trabajo social, nos muestra que la integración, la interdependencia y las cooperaciones humanas son producto de la división del trabajo ya que la función de la misma fue hacernos dependientes a los hombres, no solamente para producir más y mejores alfileres como planteaba Adam Smith. Al ser diferentes las funciones de los hombres en la sociedad, se crea una mutua necesidad y es lo que Durkheim denomina solidaridad orgánica.

Siguiendo estas premisas, los sistemas marxistas y weberianos, cada uno con sus especificidades, se asemejan en la visión de la sociedad como un todo unitario. Los seguidores de Marx, piensan a la totalidad como una determinación de la producción económica, dado que los seres humanos tienen que resolver los problemas de las necesidades económicas; en cambio, quienes se ubican en el campo weberiano, construyen una teoría multifactorial, en la cual la totalidad viene determinada por las interrelaciones de las dimensiones constituyentes de la sociedad, y justifican el énfasis en una dimensión históricamente determinada, dada la necesidad que tienen los hombres de encontrarle un significado a la vida.

Ahora bien, la sociedad como un todo unitario presupone niveles y/o dimensiones que le dan sentido como totalidad, en tanto permite justificar la idea del progreso y el orden a partir de ciertas relaciones entre procesos universalizantes como serían, dado cierto momento histórico, la industrialización, el capitalismo y la democracia.

Esas tres lógicas, según el pensamiento social dominante, están interrelacionadas y como totalidad, constituyen el concepto de sociedad en tanto modernidad que transita hacia el bien común, como principio ético de justicia, la cual se expresa en una sociedad de abundancia y de igualdad de oportunidades. Ciencia y libertad atadas de mano anunciando un nuevo reino, ya que el hombre y la mujer también abandonaron a Dios y a la naturaleza.

El tránsito al reino anunciado, presupone ciertos sacrificios. La razón, especie de demiurgo constituyente de la sociedad, inevitablemente avanza hacia su realización, destruyendo toda forma social que no se adapte a su lógica. Así, destruyó a la tradición; arrancó al campesino de la tierra y lo envió libremente a los talleres fabriles o a deambular por las calles; destruyó a la economía doméstica y transformó tanto a los campesinos como a los artesanos en proletarios y *paupers*. Liberó a los individuos de Dios y de la naturaleza y les impuso la sociedad unitaria.

El despliegue de la realización de la razón, no sólo hizo posible la constitución de la sociedad moderna, sino que destruyó y condenó a la no sociedad. De esa manera, el concepto de sociedad opera como principio de explicación y de

universalidad. La razón y la sociedad se constituyen como realidad inevitable. Existe un solo camino que conduce a cosas mejores y por el cual se mueve toda la humanidad aunque a ritmos diferentes. Las velocidades del movimiento, al principio señaladas como la inferioridad pasaron a ser denominadas atraso, el cual no es más que la consecuencia de un progreso más lento a todo lo largo del inevitable camino que conduce al progreso.

De esta manera, vemos que la concepción historicista y evolucionista construyó e hizo hegemónico un concepto de sociedad unitaria y quiso explicar las relaciones sociales que establecen los hombres por medio de estructuras e instituciones sociales a partir de un único movimiento histórico evolutivo.

Detrás del concepto de sociedad unitaria se esconde toda una serie de tramas (ideas, intereses, comodidades, justificaciones), al fin toda una serie de relaciones de poder que se hace necesario poner al descubierto, porque como diría Michael Mann (1991), el concepto de sociedad es tomado en el discurso sobre la sociedad en su sentido romance, vale decir, como sistema delimitado y con pautas internas en términos unitarios, cuestión que permite sostener la idea de la homogenicidad y salvar así la tesis del progreso y la evolución de las sociedades.

En cambio, si tomamos el término de sociedad en su acepción latina, denota «Societas», es decir «Socius» en tanto aliado no romano. Significa una alianza asimétrica, «una sociedad como confederación flexible de aliados estratificados», lo que vendría a entenderse como la creación y distribución global del poder en la sociedad.

Se trataría entonces, de no tener la necesidad de institucionalizar las relaciones sociales ya que no se converge hacia una sociedad única.

A pesar de que la idea del progreso nos trae una buena nueva, «ojo», la misma no es homogénea en su bondad. Los conglomerados humanos tendrán la buena ventura, pero unos más que otros. Así nos lo dice Hegel cuando señala:

La libertad no es nada más que el conocimiento y la afirmación (...) de la ley y la justicia y la producción de una realidad que corresponde a ellas, es decir, el Estado.

Las Naciones pueden haber tenido una larga historia antes de haber alcanzado su destino —esto es, el de constituirse en Estados.

(...) Pero este período pre-histórico está fuera del alcance de nuestra presente investigación, independientemente del hecho de si siguió a él una verdadera historia o de si las naciones en cuestión nunca lograron constituirse en Estado.

Esto quiere decir, que la verdadera historia, la que tiene un fin genuino es la de las naciones que tienen un Estado, el cual es constitutivo de la sociedad

moderna. Esta sociedad, como hemos señalado se corresponde con tres lógicas que les son de suyo: capitalismo, democracia e industrialización.

En cuanto a la pobreza, ésta es entendida en un doble sentido. Por un lado, la vinculada con la acumulación originaria, tal como Marx la señala «el pecado original» el cual todas las sociedades tienen que pagar; recordaremos que fue el mismo Marx, quien condenó a los *paupers* por estar desarticulados de la sociedad industrial, pero les anunció la buena nueva, ya que el mismo desarrollo histórico había producido al proletariado, clase que tenía la misión histórica, no sólo de liberarse de la explotación a la que estaba sometido, sino que liberándose así mismo, liberaba a toda la sociedad. Pero esto no sólo sucedió con las sociedades que habían logrado constituirse en Estados modernos. Marx celebró la entrada de los ferrocarriles a México, anunciando la llegada del progreso a esos pueblos.

Pero no es él sólo quien pensaba que la pobreza no sólo era inevitable, sino también generaba conciencia de ella. Este sacrificio inexorablemente llevaba a que la sociedad se dirigiera al progreso. Los fundadores de la teoría económica como Smith y Ricardo al igual que Steward Mills, coincidían, por lo menos en estos criterios con Marx.

Históricamente se han desarrollado muchas teorías que intentan explicar las diferencias de clases en la sociedad. Desde el nacimiento de la industria, los principales teóricos del capitalismo, como Smith y Ricardo, han explicado el enfrentamiento entre las clases como una situación objetiva de la realidad, la cual tenderá a superarse con el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

Tal situación, encuentra explicación en la teoría de los rendimientos decrecientes de David Ricardo y la tendencia histórica a la caída de la tasa de beneficio de Marx.

El planteamiento parte del principio del estancamiento de la economía, producto de la contradicción entre los actores que conforman los distintos factores de la producción (tierra, capital y fuerza de trabajo). Estos elementos repercuten en la distribución de la riqueza y, por lo tanto, en la armonía social o en el conflicto de clase, vale decir, los pobres y los ricos.

Dado que los primeros teóricos del capitalismo planteaban la necesidad de determinar las leyes que regulan la distribución de la riqueza como el problema fundamental de la economía política, para Adam Smith, la distribución de la riqueza comprendía a las tres grandes clases de la sociedad: el propietario de la tierra, el dueño del acervo del capital y los trabajadores: las proporciones del producto total de la tierra se asignan a cada una de estas clases con los nombres de renta, beneficio y salario.

Para el fundador de la economía política, el progreso de la sociedad implica un proceso de acumulación y un incremento de la población, de allí que aumentarán el capital y la mano de obra, pero la tierra, que es un regalo de la naturaleza permanece constante. ¿Qué se plantea, si cantidades crecientes de capital y de mano de obra, dada una proporción se emplean en una cantidad permanente de tierra? A medida que continúa el crecimiento de la acumulación y la mano de obra empleada, el producto crece (a mayor capital y mayor cantidad de trabajadores, aumenta el producto), pero lo hace con una tasa declinante.

Dado que el nivel de salario permanece constante a nivel de subsistencia (salario mínimo), la participación de los mismos tiende a aumentar, porque mientras que el producto agregado aumenta en proporción menor que el empleo de mano de obra, los salarios aumentan en la misma proporción. Esto nos explica que la participación de la renta y los beneficios declinarán.

Esta es la famosa teoría de Ricardo sobre la tendencia de los rendimientos decrecientes. Este autor sostiene, que la participación de la renta aumenta al hacerlo el empleo, ya que al elevarse la participación de la renta (hay más tierras utilizadas), bajará sin duda la participación de los beneficios. Lo más importante es que la tasa de beneficio tenderá a bajar a medida que se eleve la renta.

Ricardo tiene razón en cuanto a que la permanencia de los tres factores de la producción implican un conflicto entre el capital y el trabajo.

El autor sostiene que los inventos que conducen «al uso de maquinaria nueva benefician a los capitalistas, mientras que con frecuencia perjudican a la clase trabajadora».

Sostiene Ricardo:

La opinión prevaleciente entre la clase trabajadora, de que el empleo de maquinaria es frecuentemente perjudicial para sus intereses, no se funda en un prejuicio y error sino que se conforma con el principio correcto de la economía política.

Indudablemente se admite la existencia de un conflicto entre el capital y la mano de obra. Según este planteamiento, en condiciones invariables una tasa salarial mayor implica necesariamente una tasa de beneficio menor.

La solución ricardina al conflicto, dado que el autor cree en la necesidad de que las clases tengan acceso a la comodidad y al disfrute, viene dada por los estímulos que los medios legales le permitan. Al igual que su amigo Malthus, aconseja la contención de la población:

Es una verdad indudable que la comodidad y el bienestar de los pobres no puede asegurarse permanentemente sin alguna consideración de su parte, o

algún esfuerzo de parte de la legislatura para regular el crecimiento de su número, y para volver menos frecuentes entre ellos los matrimonios tempranos e imprudentes.

Más tarde el joven John Stuart Mill, retomó las doctrinas clásicas: la teoría de la renta y la tendencia a un estado estacionario de la acumulación y la declinación de la tasa de beneficio. Mili reconoció plenamente el costo social del progreso económico y opinó que tal situación no era un estado indeseable sino inevitable. Mill señala: «no puedo considerar el estado estacionario del capital y la riqueza con la adversión irrestricta tan generalmente manifestada al respecto».

Para que una economía encuentre el impulso hacia la acumulación necesita un estado social deteriorado. Aunque éste autor entiende la necesidad de un Estado indeseable (Franja Gris), lo ve como inevitable para lograr una mejor distribución.

Ese estado es descrito como una situación de relaciones sociales existentes, pero de ningún modo permanente. Porque la existencia de una clase no trabajadora (la capitalista), es un gran mal social, que puede aceptarse sólo provisionalmente.

Así pues, al igual que Marx, Mill tiene la visión de una sociedad sin clases. El autor entiende que mientras exista la clase trabajadora y dependiera para su empleo y salario de los empleadores, el conflicto permanecerá y se agravará a medida que los trabajadores cobren conciencia de sus derechos.

Mili plantea que:

si los ricos consideran a los pobres como sus sirvientes por una especie de ley natural, los ricos son a su vez considerados por los pobres como meras presas, sujetos de demandas y expectativas indefenidas, que crecen con cada concesión que se les haga.

De acuerdo con este planteamiento, la relación de antagonismo no podrá persistir durante mucho tiempo, al final los ricos tendrán que rendirse, dado que la asociación de los trabajadores superará a la asociación de los propietarios.

Siguiendo la tradición de la economía clásica, y más explícitamente al autor último mencionado, Carlos Marx plantea al conflicto clasista como una relación que históricamente se ha caracterizado por una constante tensión. Los intereses de los capitalistas son en gran medida opuestos a los de los trabajadores, por lo que ambas partes utilizan sus fuerzas para lograr sus objetivos, adoptando estrategias que inevitablemente ocasionan el conflicto.

Marx, a diferencia del resto de los economistas clásicos, era revolucionario en vez de reformador (aún cuando admitía reformas), los primeros daban por

sentadas las instituciones prevalecientes, en cambio Marx, desarrolló la teoría clásica hasta su última conclusión lógica y creyó que la institución del capitalismo, causante del conflicto, no era en sí misma una institución vulnerable. La tendencia a la caída de la tasa de beneficio, la monopolización de los medios de producción y el empobrecimiento relativo de la clase trabajadora, hizo pensar a Marx la inevitabilidad del establecimiento de una sociedad sin clases.

A partir del concepto de sociedad unitaria y de la idea del progreso, en América Latina se construyó un discurso sobre la pobreza vinculado a los supuestos conceptuales de la sociedad moderna e industrial que hemos analizado.

En los señalamientos que hemos hecho en relación a los dos momentos en que se ha desarrollado el discurso sobre la pobreza, se observa que está sustentado en base a los procesos de industrialización y urbanización como fundamento de la teoría de la marginalización, informalización y ahora el de la pobreza crítica o extrema.

Así vemos, como la teoría de la marginalización sostenida por Gino Germani, argumenta que la pobreza latinoamericana es producto de resabios del pasado, es característica de una sociedad tradicional en tránsito a una sociedad moderna.

Este dualismo, encuentra explicación en el concepto de totalidad social como constructo teórico. Señalamos que la única manera de justificar la ideología del progreso en este discurso es mediante la dualización de la sociedad. Como señala Mires (1993):

...es ese dualismo el que permite usar el concepto de sociedad como totalidad, pues cada uno de los términos del dualismo se afirma en la negación del otro, constituyendo ambos una unidad indisoluble.

La marginalidad en tanto atraso (pobreza), tiene sentido como tránsito sacrificial que deviene en modernidad por las fuerzas que impulsan a la sociedad hacia el progreso y desarrollo.

De la misma manera el marginalismo, llamémosle de izquierda, no coloca a la pobreza fuera de la sociedad, sino que en su teoría de la marginalidad, ésta se convierte en campo de reproducción de la propia sociedad. Los marginales o pobres, en nuestras sociedades, serían la superpoblación relativa y en parte ejército industrial de reserva. De allí, que sea funcional a la teoría marxista, pero un sector de esa masa funcional que está fuera de la estructura social, que serían los pauperizados, muestra los límites de la sociedad, porque a diferencia del planteamiento de Germani, estos sectores no serán incorporados a la sociedad. Retomando a Mires, la teoría de la marginalidad «busca establecer

un límite de lo que es sociedad y que no es sociedad», ya que interesa establecer una línea divisoria desde donde poder analizar a la sociedad. Es indudable que con ello, lo que se quiere es restablecer el concepto de sociedad como unidad total.

Ahora bien, el nuevo discurso de la pobreza, o sea la pobretología, intenta dar una explicación de la pobreza a partir de la escasa posibilidad que tienen los pobres de salir de su situación. En pocas palabras es un problema de igualdad de oportunidades, que dadas las características de las sociedades latinoamericanas (una historia populista muy fuerte), impide que éstas puedan desarrollarse.

En el fondo lo que están planteando son los fundamentos de los clásicos de la economía política que discutimos con anterioridad.

Estas propuestas de análisis de la pobreza, encuentran sustento en las planteamientos del Banco Mundial y que en términos generales las englobaremos en la tesis de la satisfacción de las necesidades básicas.

A finales de los años 60, cuando Roberto McNamara presidía el Banco Mundial, dicho organismo planteó el desarrollo vinculado a la satisfacción de las necesidades básicas (Pearson, 1970).

Dicha estrategia se orientaba hacia el mejoramiento del nivel de vida de la población. El Banco Mundial señalaba que el desarrollo no se agota en el crecimiento económico, en tanto reconocía que la preferencia por el sector industrial como motor de crecimiento, restaba importancia al sector agrícola, cuyo desarrollo ineficiente había generado limitaciones a la expansión del mercado interno, insuficiencias en la producción de alimentos y reducción de los volúmenes de exportación (Pearson, 1970).

Además de dicha preocupación con relación a la desarticulación sectorial del crecimiento económico, el Banco Mundial identificó procesos sociales, como el desempleo y la educación, íntimamente relacionados con el subdesarrollo. De allí la necesidad de asociar el crecimiento y desarrollo con aspectos como el empleo, el crecimiento demográfico, la educación y la redistribución del ingreso. Con dicha postura, el Banco Mundial reconoce que el crecimiento no genera automáticamente el bienestar en la mayoría de la población, ya que resulta cada vez más evidente, que no es suficiente atenerse a que las altas tasas de crecimiento del producto nacional generen por sí solas beneficios, que abarquen a las grandes mayorías (Chenery, 1976).

La estrategia de crecimiento con satisfacción a las necesidades básicas, se fundamenta en el aumento de la productividad y de los servicios básicos. El aumento de la productividad incrementa las posibilidades de una tendencia al aumento de empleo y los ingresos personales, mientras que el suministro

de servicios públicos básicos, como educación, salud y vivienda, incide positivamente en el mejoramiento de la producción y la productividad (Pearson, 1970).

En dicha estrategia, para el área rural, el concepto de productividad requiere como condición una elevación de los rendimientos de la tierra trabajada. Se precisa la necesidad de nuevas tecnologías de altos rendimientos al alcance de los productores, lo que incrementará el rendimiento de los cultivos, así como el uso más intensivo de la mano de obra, lo que a su vez aumentará los ingresos y creará nuevas oportunidades de empleo.

En dicha propuesta, se señala la necesidad de desarrollar actividades no agrícolas en el campo para absorber la mano de obra y aumentar su productividad. Para ello, el papel del Estado es primordial en la proyección de obras de infraestructura: caminos, instalaciones de almacenes, viviendas, así como también industrias rurales. Las mismas al generar demandas locales, se convierten en fuente adicional de empleos, si se utilizan tecnologías intensivas en mano de obra.

En el área urbana, el deterioro del nivel de vida de la población, tiene como causa la insuficiente capacidad de la industria moderna para absorber una creciente masa desempleada y desocupada, además de las migraciones del campo a la ciudad producidas por el desequilibrio agrícola-industrial. La política del Banco Mundial señala al respecto, la necesidad de la búsqueda de un mayor equilibrio entre la oferta y la demanda de trabajo y el aumento de la productividad del mismo. Al respecto, se recomienda la promoción de pequeñas y medianas empresas, que trabajen con una relación capital-trabajo menor que las grandes empresas. Se entiende que, si bien no se alcanzaron los niveles de productividad de éstas, se puede aumentar la productividad de la fuerza de trabajo desocupada y aumentar así, la tasa de rentabilidad social. Las nuevas empresas creadas, junto a las existentes, pueden elevar su productividad teniendo acceso a tecnologías y créditos, además de organizar la producción y su administración por medio de la participación de la población trabajadora (*Collective Self Reliance*).

En conclusión, esta estrategia se orientó directamente a la búsqueda de la productividad como condición esencial para promover el crecimiento económico y enfrentar la pobreza, la lucha contra ésta exige grandes inversiones en infraestructuras productiva y social en salud, vivienda, control demográfico, nutrición, creación de nuevos empleos y estos recursos vendían por el aumento de la productividad.

Se entiende, pues, que para el Banco Mundial hay una relación entre el desarrollo social y la productividad, concibiéndose el crecimiento y la distribución como una misma estrategia. Lo anterior se resume siguiendo a Chenery (1985) en:

- a. Una estrategia que combina el crecimiento y la distribución, que tiene el objetivo de vincular productividad y desarrollo social.
- b. Una teoría del crecimiento con distribución, descubre la articulación entre el crecimiento y los distintos agentes económicos y define el campo de acción de la política.

La importancia de esta estrategia para el Banco Mundial, viene dada por la forma particular de concebir el crecimiento sin distorsiones. Esto se debe a que en la historia de este organismo, inicialmente orientó su estrategia hacia la transformación de la economía tradicional en una economía moderna bajo la dirección del Estado. Como resultado del desarrollo preferente del sector industrial, se abandonó el sector agrícola. Según el informe Pearson (1970), dicho abandono limitó la expansión del mercado interno y redujo los volúmenes de exportación, derivando esta estrategia en un proceso de sustitución de importaciones proteccionistas y volcado hacia el mercado interno, lo que creó una industria poco competitiva internacionalmente.

El desequilibrio agrícola-industrial y la contracción de la capacidad de importar, detuvieron las exportaciones e impidieron el crecimiento y su posterior desarrollo. Además de dicha situación, se entiende que hay una relación directa entre el desempleo y la educación, de manera que de problemática económica, el desempleo se agrava como problema social (Chenery, 1976).

Pero a partir de la crisis financiera producida por el endeudamiento externo que han vivido los países subdesarrollados, la política del organismo internacional ahora puntualiza en la expansión de la capacidad productiva, el proceso de asignación de los recursos y su empleo eficiente, para que actúen, en el corto plazo, en el mejoramiento de la balanza de pagos y, en el largo plazo, en el acoplamiento de las estructuras productivas a las condiciones existentes de la economía mundial.

Desde el punto de vista de la producción, se plantea la necesidad de ajustes estructurales del lado de la oferta, debiendo existir, en el marco de una economía desregulada, la tendencia a equiparar los precios y las tasas de interés domésticas con los niveles internacionales. En particular, para expandir la mejoría del lado de la oferta, se requiere el incremento de la inversión, básicamente en aquellos sectores más eficientes. Se trata, en consecuencia, de «concebir un modelo, en donde los principales objetivos se orientan a la superación de los problemas de disponibilidad de divisas e inserción competitiva en la economía mundial». De allí que «alcanzar un aumento inicial en la tasa de crecimiento, transformar ese crecimiento en un nivel de ahorro y asignar la inversión de manera que evite el estrangulamiento del sector externo» (Chenery, 1976), son las bases del crecimiento con ajuste estructural, el cual consiste, en la articulación del circuito de inversión a las determinantes y

condicionantes impuestas por las relaciones externas y la reestructuración del papel del sector público.

Ahora bien, como he venido analizando en este trabajo, las distintas teorías sobre la pobreza, parten de supuestos similares, aunque el diagnóstico que sobre ella se tenga, sea distinto.

Los supuestos similares serían los siguientes:

1. Las sociedades tienden hacia la búsqueda del progreso; es un demiurgo inevitable.
2. Por lo tanto, las sociedades son un todo unitario.
3. La sociedad moderna e industrial es un tránsito hacia la búsqueda del bienestar y la justicia.
4. La estructura o dimensión económica le da sentido a la sociedad como una totalidad.

De allí, que se pueda fijar el sentido de todos los aspectos de la sociedad y en su interrelación o dependencia, explicar la pobreza bajo los patrones lógicos de sus representaciones. Por ello, la pobreza puede entenderse como un proceso inevitable y un sacrificio necesario que deben pagar las sociedades.

La discusión no es que si la pobreza existe o no, eso no es lo planteado, de lo que se trata es de discutir la existencia de la pobreza en tanto discurso, en tanto horizonte teórico que tiene como contexto los supuestos 1, 2, 3 y 4 y que hemos venido discutiendo a lo largo de este trabajo.

En relación a lo expuesto, vemos que las categorías ideales sirven más para oscurecer que para iluminar. Es indudable que nos proporcionan satisfacción ideológica, pero no es menos cierto, que entran la comprensión de la vida. Las etiquetas no añaden mucho. Llamar a las estructuras del sistema o a sus procesos de competencia capitalismo poco agrega al entendimiento de la vida y la forma de ser de los conglomerados que llamamos pobres.

Lo que si parece claro, es que a partir de ciertos supuestos ideales, ambos esquemas construyen representaciones de los pobres y la pobreza. En cuanto a la posición del Banco Mundial, se observa claramente, que en el informe sobre la pobreza de 1989, los pobres existen por falta de igualdad de oportunidades, por cuanto han habido intervenciones indeseadas en la economía que no permiten que las fuerzas del mercado actúen de manera tal, que en su crecimiento arrastren a los menos favorecidos. En el caso opuesto, estaría la posición marxista y neomarxista, cuya representación es claramente estructural. Los pobres existen por la explotación, la cual no podrá detenerse en el

capitalismo porque el capital tiene sus límites en el propio capital, por lo tanto, la eliminación de la pobreza pasa por la superación de los límites del propio capital.

Ahora bien, que pasaría si los científicos sociales comenzaran a estudiar a la pobreza con otros criterios, como serían: 1) la sociedad no es unitaria, sino tejidos de redes espaciales y de poder, tal cual lo plantea Michael Mann en su obra *Las fuentes del poder social*; 2) el progreso es mentira y que no hay ninguna historia que tienda hacia él y; 3) eso que llaman pobreza no es tránsito hacia ningún lado ni mucho menos un sacrificio inevitable.

Indudablemente, que tales planteamientos en cuanto a la producción de conocimiento tendrían consecuencias impredecibles, y una de ellas podría ser la imposibilidad de la sociedad. Pero ese es el reto que está planteado.

Mientras tanto, los pobres se resisten a la condena que sobre ellos lanzaron los grandes sistemas de pensamiento y la complejización del mundo de la pobreza en tanto formación de nuevos amalgamamientos, nos advierte lo iluso de las condenatorias del presente-vida por parte de los determinismos.

Los pobres tejen redes de solidaridad grupal pero sin ser orgánica, vale decir, homogéneas y les dan un sentido a sus vidas vinculado a la primera. Hoy cuando les privatizan las calles de las urbanizaciones y centros comerciales, se instalan en los centros públicos, plazas y adyacencias, fenómeno éste cuyo entendimiento, si es traducible, pasa por un horizonte ontológico y epistemológico distinto al que fundamenta los paradigmas científicos de los grandes metarelatos.

Tal cual como lo señalan dos de mis estudiantes del seminario «Discurso sobre la pobreza» de la Escuela de Sociología:

La visión que generalmente tenemos los sociólogos sobre la pobreza viene dada por la tradicional forma de pensamiento que poseen los grupos hegemónicos, y los que detentan el poder. Este discurso disociado de la realidad es introducido en nuestros códigos de vida diaria, en busca de un desligamiento (ideológico, político, económico y hasta sentimental) de los distintos grupos sociales.

Esto ha tenido en cierta forma el éxito buscado, pues generalmente el grupo social del que forman parte los sociólogos, observa y conceptualiza a la pobreza como algo muy ajeno a sus vidas; donde es preferible desechar aquello que nos resulta horrible y desagradable a nuestra vista e incomoda nuestro bienestar, ya que no lo entendemos, y no se adapta a nuestros valores y aspiraciones. No es apto para convivir con nuestra decente sociedad.

Es el miedo a lo desconocido; es todo aquello que atenta contra nuestro ser. Los pobres son aquellos que nos reflejan lo que nosotros seríamos si no tuviéramos lo que tenemos (Juan y Machado, 1995).

A pesar de todo ello, los científicos sociales devenidos en pobretólogos continúan con su manía de contar y agrupar a los pobres, porque como diría Franco Ferraroti:

Los pobres son seres humanos como los demás (...) constituyen sin duda una humanidad aparte, aislada pero únicamente desde un punto de vista objetivo, si se tienen en cuenta las condiciones concretas en las que deben vivir a causa de una serie de factores que apenas dependen de ellos, o al menos no totalmente. Hay que tener cuidado para no invertir la perspectiva, inclusive si se hace con la loable intención científica de identificar el funcionamiento de los mecanismos que conducen a la subordinación subjetiva. Tanto desde el punto de vista analítico como desde un punto de vista más general relativo a la valencia política de la investigación, los riesgos son inmensos: el campo de los científicos sociales está rodeado de una muchedumbre de aspirantes a psiquiatras listos para hacer pagar sus manías al resto del género humano (Ferraroti, 1983).

BIBLIOGRAFIA

- Alayón M., Rubén y Contreras, Amanda (1993). *Los procesos de exclusión en el capitalismo actual*.
- Banco Mundial (1990). *Informe sobre el desarrollo mundial*, Caracas.
- Chenery, Holis (1976). *Redistribución con crecimiento*, Tecnos, Madrid.
- Collings, H. (1985). En Lamo de Espinoza, Emilio y otros, 1994.
- Ferraroti, Franco. «Los pobres» en Marinas, María y otros: *La historia oral*, Debate, Barcelona.
- Geertz, Clifford (1991). *Antropología y postmodernidad*, Gedisa, Barcelona.
- Gellnar, Ernest (1993). *Cultura, identidad y política*, Gedisa, Barcelona.
- Hegel, Frederick (1984). *Fenomenología del espíritu*, FCE, México.
- Juan, Diana y Machado, María (1995). *Una aproximación heurística a la pobreza*, mimeo, Caracas.
- Lamo de Espinoza, Emilio y otros (1994). *La sociología del conocimiento y la ciencia*, Alianza, Madrid.
- Mann, Michael (1986). *Las fuentes del poder social*, Alianza, Madrid.
- Marx, Carlos (1978). *Manuscritos económicos filosóficos*, El Cid, Bogotá.
- _____ (1964). *Manifiesto del partido comunista*, El Cid, Bogotá.
- Mires, Fernando (1993). *El discurso de la miseria*, Nueva Sociedad, Caracas.
- Pearson, Lester (1969). *El desarrollo: empresa común*, Tecnos, Madrid.
- Rorthy, Richard (1979). En Lamo de Espinoza, Emilio y otros, 1994.
- Woolgar, Steve (1991). *Ciencia: abriendo; abriendo la caja negra*, Antropos, Barcelona.